

IDENTIDAD Y MULTICULTURALIDAD: UNA MIRADA PARADÓJICA¹

José Luis Anta Félez

(Universidad de Jan, Espaa)

jlanta@ujaen.es

Resumen: Este trabajo parte de la base de que el principal elemento utilizado hasta el día de hoy para entender la multiculturalidad es la identidad lo que plantea una determinada cantidad de problemas que no solo no se enfrentan sino que se obvian y se dan por superados. Por otro lado al centrar la multiculturalidad en torno al fenómeno de la globalidad y plantearlo como un problema educativo todo parece crear un mundo de paradojas no resueltas. El artículo, lejos de dar soluciones, simplemente se propone como un ejercicio crítico.

Palabras clave: Multiculturalidad. Identidad. Educación. Antropología Social. Pensamiento crítico.

Identity and multiculturalism: a paradoxical vision.

Abstract: This work leaves from the base of which the main element used until today understanding the multiculturalism is the identity which raises a certain amount of problems that no single do not face but that they are obvian and they occur by surpassed. On the other hand when centring the multiculturalism around the phenomenon of the global world and raising it as an educative problem everything seems to create a world of paradoxes no solved. The article, far from giving solutions, simply sets out like a critical exercise.

Keywords: Multiculturalism. Identity. Education. Social Anthropology. Critic.

¹ Una primera versión de este trabajo apareció como capítulo de libro en L. Ivarez Munrriz; F. Antn Hurtado (Edits.). 2002. *Identidad y pluriculturalidad en un mundo globalizado*. Murcia. Editorial Godoy; Universidad Internacional del Mar.

I.

Aparece en el horizonte epistemológico de la Antropología Social una especie de contradicción entre la identidad y la multiculturalidad. Mientras que la primera hablara de términos restringidos, que corren hacia la unidad, la multiculturalidad, por su parte, parece hablar de *muchos*, de generalidades. Ponerlos en relación no puede ser más que un ejercicio contradictorio. Y, sin embargo, no es más que una paradoja: la identidad, tal cual la entendemos los antropólogos, es una generalidad de elementos que definen a unos individuos en un marco limitado y la multiculturalidad es lo mismo pero en un marco de no-restricción. Dicho esto poco más se puede decir. Por lo tanto, ¿por qué hablamos hoy de identidad y multiculturalidad? De hecho, en lo que respecta a la identidad, durante años hemos estado discutiendo este tema y parece que, de alguna manera, todos lo tenemos superado. El tema, el de la identidad, si es que se puede tomar más allá de una palabra cómoda, está bastante arrinconado y, tras un primer momento de euforia por utilizar la palabra en todo tipo de contexto, al día de hoy tenemos claro que es un tema más político, o, en su defecto, psicológico, que antropológico. Más complejo es el de la multiculturalidad. Y poner ambas palabras en relación exige juegos retóricos que son difíciles de plantear (Garca Canclini, 1999: 84-85). Más si tenemos en cuenta que parece que la multiculturalidad es un invento muy reciente y existe una necesidad social por entender esto (Verbunt, 2001). Pero la multiculturalidad ni es nueva, ni, por supuesto, tiene una única dimensión, la política. Así, la multiculturalidad se plantea, al día de hoy y en nuestros ambientes académicos, en tres lugares, la escuela, la emigración y el turismo, que tienen más que ver con la idea de identidad mono-cultural que con las posibilidades de pensar culturas múltiples (Sartori, 2001).

En efecto, la multiculturalidad plantea, al igual que lo hace la identidad en su día, dos conceptos de base que han de servir como núcleo duro de su discurso: primero, que existe algo así como la autenticidad cultural y, segundo, que tenemos algo aprehensible llamado cultura (Stewart; Bennett, 1991). Obviamente ni existen los criterios de pureza, ni mucho menos existe un cuerpo cultural fijo, único y determinante. Plantear las cosas de esta manera exige un esfuerzo de recuperación, porque gran parte del aliento de la disciplina estaba encaminado, por lo menos en su versión nacional post-colonialista, a secundar ambos conceptos. Disolver la autenticidad y la cultura en otros mundos es una tarea que sólo puede partir de disolver la antropología en una base química mucho más poderosa: la diversidad. Pero esto también exige observar las redes que se forman en torno a ciertos principios, los nexos de aquello que la gente vive y cree que vive.

La multiculturalidad es, sin duda, el último de los espacios donde el humanismo occidental se refugia. Su discurso, sin llegar a ser dentro de la antropología redentorista, es una apuesta conceptual blanda y occidentalista. Y, en este sentido, habrá que redefinir qué queremos decir cuando hablamos de sociedades multiculturales de las bases del multiculturalismo. Porque una cosa es que existan sociedades multiculturales, si es que todas no lo son, y otra muy diferente es qué entendemos los antropólogos por multiculturalidad. ¿Estamos los antropólogos realmente preparados para hablar de sociedades multiculturales?, porque hasta ahora dentro de los márgenes de nuestro laberinto nacional lo que hemos hecho es retomar espacios de identidad bien definida y ver qué pasa cuando aparecen nuevos factores.

La escuela, por ejemplo, decimos que tiene que ser el punto focal de la sociedad multiculturalidad (Abdallah-Pretceille, 1999. Rosen, 1997: 221-226). Bien, no hay problema. Pero podemos dudar de que un espacio tan acotado, tan normalizador, tan preparado para crear espacios de identidad única sea el "nuevo" espacio de la multiculturalidad. Y aquí el humanismo occidental se ceba. Primero, al plantear la idea de que el respeto, la solidaridad y la consideración al Otro sean elementos universales. Segundo, que olvida quién marca los mecanismos normalizadores, como si ser blanco, hombre masculino y occidental no fuera, por igual, un concepto técnico definitorio. Y, tercero, que el espacio es Occidental, la escuela, o, si se quiere, el lugar de trabajo, obviando que existen otras pedagogías, otros lugares para el trabajo (Carlson, 1976: 26-30). El espacio multicultural visto así no es más que una de esas muchas verdades a medias de Occidente que, a pesar de los ríos de tinta, de las políticas comprensivas y basadas en el respeto, olvidan el verdadero motivo de todo esto, la visión única y parcial desde Occidente.

II.

Los ejemplos podran multiplicarse por cientos. Veamos dos ms que nos introducirn nuevos elementos en el debate: la msica y la moda. A partir del gusto impuesto por la moda global a principios de los 90, las agencias de modelos se lanzan a buscar “nueva caras tnicas” por toda frica, al igual que haba ocurrido en los 70 en Asia. El mundo de la moda est particularmente orgulloso de este hecho, pues argumentan su gusto ilimitado y universal, adems de dar la oportunidad a “otra” gente de otras culturas. Quizs olvidan que, primero, la inmensa mayora de las modelos fracasan y terminan en diferentes burdeles, y, segundo, que si bien incorporan exotismo al mundo occidental, ste est medido por su gusto. De hecho, la modelos que ms gustan en las pasarelas de Pars y Nueva York son las de los grupos tnicos de Sudn y Etiopa, donde el gusto, como es sabido, es otro, consistente en arrancar los incisivos superiores a la edad de 10-12 aos. Esto es un problema y un gasto aadido para las agencias de modelos, que lo primero que tienen que hacer es arreglarles los dientes.

Otro de esos ejemplos estremecedores radica en el mundo de la msica. En Occidente nos gusta decir que uno de esos mundos globales, universales y generalistas es la msica. No es de extraar que, partiendo de estas premisas, se terminara por incorporar la msica al mundo global. Hasta convertirlo en una realidad multicultural. Los grupos del mundo combinan y fusionan ritmos y sonidos hasta crear una especie de amalgama que todo el que la escuche puede or. Pero la realidad es otra, en frica los ritmos que gustan son muy diferentes y variados. En Sierra Leona, por ejemplo, la juventud slo escucha *reggae*, es decir, msica de Jamaica, que, a su vez, es un producto de estudio basado en ritmos que combinan los sonidos del Sur de EE.UU. y bases del Caribe. Pero en sociedades multitnicas como puede ser Sierra Leona el problema de la msica est impuesto, sin embargo, por otras miradas y su problema bsico son las pilas, encontrar pilas con las que escuchar msica.

Consecuentemente nos encontramos con el problema de que, por un lado, la sociedad globalizada slo lo es bajo un modelo, y, por otro, que los espacios multiculturales son, a la hora de la verdad, mono-culturales. Regresando a la escuela, decimos que la escuela es el lugar natural del multiculturalismo y as parece propugnarlo todo un grupo de gente encabezado por Remi Hess (Hess; Wulf, 1998) y Lucette Colin (1996). Para ellos, la escuela, como otros lugares reconocidos por el humanismo clsico, es un posible sitio para la educacin de una identidad multicultural. Esta idea, independientemente de si hablamos de la muerte de la escuela bajo el ideal modernista, no es ms que la introduccin a la fuerza de una bondad social que no existe, en ltima instancia, la escuela puede introducirnos en una identidad multicultural (Houpert-Merly, 2001), pero su primera idea, su razn de existir, es la de una nica identidad.

As, pues, que la interculturalidad se centre en los procesos educativos no puede ser ms que una muestra de la creencia bsica en cierto tipo de humanismo, aquel que de alguna manera sigue creyendo en los procesos de la modernidad a pesar del fracaso de sta. Adems, todo ello es una enorme paradoja, porque la escuela es uno de los grandes concentradores, constructores y definidores de identidades nicas. Por otro lado, tenemos que optar: o entendemos la multiculturalidad como un espacio de mltiples identidades que se respetan, o no, conviven, o no, o la entendemos como un espacio con mltiples identidades. Pero tanto si la *entendemos* de una manera como de otra es importante reconocer que el tema no es nuevo, consecuentemente tiene niveles y, adems, tiene mediadores que lo fijan en uno u otro punto.

Los grandes viajes y la sociedad colonialista de finales del siglo XIX provocaron una doble visin del encuentro en un mismo espacio de diferentes culturas, por un lado en sus diferencias, lo que devino en una suerte de diversas literaturas (las ms de las veces graciosas, jocosas y divertidas en general, pero no exentas de un cierto dramatismo). Los antroplogos hemos dado poca o ninguna importancia a este tema, pero comprender la visin occidental de la alteridad pasa inevitablemente por una lectura atenta de Oscar Wilde o Henri Miller. Pero esta misma visin del encuentro tambin pone el acento en las rarezas de los otros. En ltima instancia, este es uno de los puntos de la actual visin de la multiculturalidad, ser respetuoso con las rarezas de los otros.

Existen, consecuentemente, ademés de mediadores de las visiones de la identidad multicultural: la lengua, tanto cuanto signo de la identidad propia, cuanto más como el componente determinante de las situaciones comunicativas. Y, en segundo lugar, el espacio, en la medida que establece el lugar donde se da la vida intercultural (Bennett, 1998. Porcher; Abdallah-Preteuille, 1999).

En ltima instancia, de lo que hablamos es de la enorme paradoja que entraa la multiculturalidad y es la de poner el aparato cultural de ciertos grupos como un atributo y dejar que la situacin comunicativa y el espacio sean los autnticos mediadores (Amit-Talai, 1996: 125-133.). En cierta medida, la multiculturalidad as entendida no es más que la superposicin de un nica lengua y espacio sobre la vida de una serie de gente que utiliza esa lengua que no es la suya o un espacio que identitariamente no le corresponde. Vistas las cosas as, la multiculturalidad lo que plantea es que la cultura son los individuos y no, que también es as, que los individuos son también cultura. Esta visin une los dos elementos, la identidad como sentimiento hacia una reserva de elementos y la multiculturalidad como el encuentro de ellos. Pero todo ello no es más que marear la perdiz. Si se dan problemas de tipo multicultural es porque no hay situaciones de multiculturalidad. En varios lugares de Europa se plantea que existen problemas en el encuentro multicultural, en realidad no es as, no existe el problema, lo que existe es la incapacidad de reconocer la identidad nica de esos lugares. Es un cinismo pero una realidad, En Catalua, por ejemplo, se plantea de la siguiente manera: si los emigrantes quieren hablar sus idiomas de origen, pues que lo hagan, se dice, porque el gobierno cataln y con l su pueblo es respetuoso con todas las culturas, por eso mismo se les pide, a la vez, que lo sean con el cataln. La cuestin est obviamente zanjada. Claro que el gobierno cataln parece olvidar que las normas, el trabajo y la realidad son en cataln y, consecuentemente, no existe el mismo nivel para unas lenguas que para otras.

III.

Est en boca de todos cada vez que se habla de un mundo globalizado que ste ha potenciado, a su vez, las visiones particulares e identitarias localistas, lo que algunos autores resumen en el vocablo globalizacin. Nada seguramente más alejado de la realidad. Entre otras cosas porque la gente que habla de globalidad siempre ha tenido clara su concepcin de lo local como un lugar dentro de otros (Mato, 1999: 148-164). Pero para los miles de personas que lo nico que tienen es su identidad local, las visiones globalizadoras contra las visiones localistas no son parte de sus problemas. Por otro lado, a nadie se le escapa hoy que vivimos en un mundo donde existen los otros, quizs no los pueden situar en una mapa o no saben qu hacen, comen o cmo se divierten, pero todo el mundo sabe que existen otros. Esto se ve particularmente bien en los museos. Durante decenios se ha hablado de los museos como esos lugares donde se concentraba la identidad de un determinado pueblo. Sin duda que es as. Pero entonces aparece el discurso de lo global y lo propio, lo local, se convierte en una parte explicativa de lo universal (Nederveen-Pieterse, 1997: 123-146). Hoy se hacen museos para que los vean los dems, como parte del juego multicultural. Estos espacios concentradores de identidad de golpe se convierten en lugares comprensivistas, humanistas, universales, globalizados.

Pero una vez más lo multicultural es reducido a su propiedad fsica. En el museo la cultura es parte slo de aquello que es más obvio, incluso en el mejor de los casos no es más que el reducto de la autenticidad del pasado. El museo, as, pues, aquella gran creacin de la colectividad, aquel lugar donde se reforzaba la identidad, donde se hacia la fiesta poltica de lo propio frente a lo ajeno, queda reducido a un fantasma dentro de una enorme red de localismos sin mayor futuro. Pero hoy en da si se quisiera ver cmo es determinada sociedad habra que ir, quizs, a sus supermercados y grandes superficies comerciales, que, en realidad, no dejan de ser espacios multifuncionales, polticamente correctos, contendores de la identidad —más si tenemos en cuenta que los ciudadanos son los consumidores— y fsicamente los poseedores de los objetos etnogríficos del presente, susceptibles de convertirse en objetos de museo en el futuro. Es evidente que podremos estar horas poniendo un ejemplo detrs de otro de esta falsificacin que supone el multiculturalismo humanista y comprensivo, que lo que hace es reducir todo lo que toca a discursos folklricos y, en ltima instancia, a identidades nicas.

Consecuentemente no podemos buscar el multiculturalismo en esos lugares que se nos proponen desde el ejercicio de la globalización porque, en realidad, ahí no reside. ¿Cuál será, después de todo esto, el auténtico sitio donde encontrar la multiculturalidad? Seguramente allí donde la interacción tienda a un cierto grado de igualdad, es decir, en el ejercicio fronterizo de la vida (Aug, 1999: 5-18). García Canclini (1996: 150-158) dice que ese espacio quizás son los aeropuertos. Es una propuesta interesante más a más si hacemos caso a Marc Aug (1993) y lo vemos como un no-lugar, es decir, la convergencia de un sitio que sólo sirve al tránsito y, consecuentemente, tiene cabida cualquier forma cultural —pero no estoy tan seguro—. Otros de esos lugares multiculturales son los campos de concentración del nazismo. Esos lugares donde la cultura propia es suprimida para incorporar un nuevo código cultural. El sueño humanista es visto desde aquí como su peor pesadilla, la mediación de la lengua y el espacio como un ejercicio social totalitario, donde el individuo es reducido a una identidad que no le corresponde. En el campo de concentración se entra por pertenecer a unas determinadas identidades, una vez dentro, entre otras cuantas de miles de identidades diferentes, se es obligado a tomar otra. El ejemplo de los republicanos españoles en Mathausen, obligados a considerarse apátridas y detenidos políticos, es evidente, ya que lo que les negaba, a su vez, les afirmaba, y, por el contrario, lo que les afirmaba, les negaba (Roig, 1991). Seguramente, otro de esos lugares es el metro de la Ciudad de México. En los individuos pertenecientes a una sociedad multiétnica pierden sus atributos culturales, sus mediaciones espaciales y lingüísticas en función de una idea diferente, el desplazamiento. Pero si uno cualquiera de ellos se mueve de su sitio este es ocupado por otros (Monsivís, 2000). Ante estas miradas se repite la cuestión una y otra vez: ¿tenemos las herramientas sociales para enfrentarnos a estos retos? Seguro que no. Pero tampoco es una cuestión que debamos plantearnos como definitiva, ya que las herramientas en las ciencias sociales existen y, si no, se inventan. Lo importante aquí es descubrir que es posible, más que si se puede. Es lo que desde los *Estudios Culturales* reclaman como la idea de “deseo”, donde el sueño es tan importante como la posibilidad de llevarlo a cabo (Žižek, 1998: 140-150). Y las situaciones multiculturales manejan esta doble visión permanentemente, ya sea “deseando” algún tipo de sociedad, o poniendo las herramientas para que existan.

La multiculturalidad parece a todas luces un algo con el que hemos de vivir en las sociedades contemporáneas. Hasta el punto de que damos por hecho, equivocadamente o no, que es una parte definitoria de la sociedad global y del mundo globalizado. Pero podrá pensarse de otra manera, la multiculturalidad como la trampa conceptual en la que caer para efectuar otras labores bien diferentes, porque lo sospechoso es que de multiculturalidad sólo hablan aquellos que viven en la globalidad (Venn, 2000: 91-95). En este sentido, es evidente que la reflexión tiene que ser mucho más profunda porque, primeramente, la caída en las visiones populares, industriales y de masas es evidente y, segundo, porque el engranaje lingüístico y político (integración, ciudadanía, democracia...) que acompaña a la multiculturalidad es sospechoso de funcionalista (Martiniello, 1997: 635-641. Williams, 1982: 349-365), cuando no de un cierto tono fascista. Claro que tampoco la despolitización del lenguaje y las prácticas y puestas en escena de las políticas sociales son garantía de lo contrario. En última instancia, es entender o no la diversidad, entender o no lo correcto y perderse en el mar de una sociedad que habla más que sueña, mientras blindada sus fronteras a las personas, que no a las cosas.

Bibliografía

- ABDALLAH-PRETCEILLE, Martine
 1999 *Education interculturelle*. Pars: Puf.
 AMIT-TALAI, Vered
 1996 “Anthropology, multiculturalism, and the concept of culture”, en *Folk*, 38: 125-133.
 AUG, Marc
 1993 *Los “no lugares”*. *Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
 1999 “De lo imaginario a lo «ficcional total»”, en *Maguar*, 14: 5-18.
 BENNETT, Milton J. (Edit.)

- 1998 *Basic Concepts of Intercultural Communication: Selected Readings*. Maine: Intercultural Press.
- CARLSON, P. E.
1976 "Toward a definition of local-level multicultural education", en *Council on Anthropology and Education Quarterly*, 7, 4: 26-30.
- COLIN, Lucette
1996 *La pédagogie des rencontres interculturelles*. Pars: Economica.
- GARCA CANCLINI, Nstor
1996 "Museos, aeropuertos y ventas de garaje (La identidad ante el Tratado de Libre Comercio)", en MNDEZ y MERCADO, L. J. (Coord.). *Identidad: Análisis y teoría, simbolismo, sociedad compleja, nacionalismo y etnicidad*: 150-158. Mxico: UNAM.
- 1999 *La globalización imaginada*. Mxico: Paidós.
- HOUPERT-MERLY, Danile
2001 *Pour une éducation interculturelle*. Pars: L'harmattan.
- HESS, Remi; WULF, Christoph
1998 *Parcours passages et paradoxes interculturels*. Pars: Economica.
- MARTINIELLO, Marco
1997 "Citizenship, ethnicity and multiculturalism: post-national membership between Utopia and reality", en *Ethnic and Racial Studies*, 20, 3: 635-641.
- MATO, Daniel
1999 "Actores globales y locales, prácticas transnacionales y producción social de representaciones sociales", en *Maguare*, 14: 148-164.
- MONSIVIS, Carlos
2000 *Los rituales del caos*. Mxico: Ediciones Era.
- NEDERVEEN-PIETERSE, Jan
1997 "Multiculturalism and museums: discourse about others in the age of globalization Theory", en *Culture and Society*, 14, 4: 123-146.
- PORCHER, Louis; ABDALLAH-PRETCEILLE, Martine
1999 *Diagonales de la communication interculturelle*. Pars: Economica.
- ROIG, Monserrat
1991 *Els catalans als camps nazis*. Barcelona: Edicions 62.
- ROSEN, D. M.
1977 "Multicultural education: an anthropological perspective", en *Anthropology and Education Quarterly*, 8, 4: 221-226.
- SARTORI, Giovanni
2001 *La sociedad Multiétnica*. Madrid: Taurus.
- STEWART, Edward C.; BENNETT, Milton J.
1991 *American Cultural Patterns: A Cross-Cultural Perspective*. Maine: Intercultural Press.
- VENN, Couze
2000 "Intellectuals, power and multiculturalism", en *Theory, Culture and Society*, 17, 1: 91-95.
- VERBUNT, Gilles
2001 *La société interculturelle*. Pars: Seuil.
- WILLIAMS, C.
1982 "Social mobilization and nationalism in multicultural societies", en *Ethnic and Racial Studies*, 5, 3: 349-365.
- ZIZEK, Slavoj
1998 "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multicultural", en JAMESON, F.; ZIZEK, S. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*: 137-188. Buenos Aires: Paidós.